

PALABRAS DE APERTURA POR EL SR. PRESIDENTE DE LA
ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA
ACADÉMICO MARCELO ELIZARI

Esta Sesión Extraordinaria de la Honorable Academia Nacional de Medicina nos convoca hoy para celebrar la incorporación de un distinguido profesional de las ciencias médicas, el Profesor Dr. Pedro Antonio Saco para ocupar el Sitial N° 11, Eduardo Wilde, de Cirugía de Cabeza y Cuello que quedó vacante por la lamentable pérdida del Acad. Roberto N. Pradier quien, además, ocupó el cargo de Presidente de la Academia.

La nominación de un Miembro de Número es un acontecimiento trascendente para la Academia como también lo es en la vida del galardonado ya que constituye un honroso premio a su trayectoria y la más alta distinción y reconocimiento académico al que puede aspirar un profesional de la medicina o de las ciencias conexas.

La incorporación de un académico Titular como Miembro de Número sigue un riguroso camino para su elección. En primer lugar una comisión ad hoc elige la especialidad del sitial y propone los nombres de posibles candidatos sobre la base de sus antecedentes científicos, éticos y morales, ser respetados por sus pares y poseer una destacada trayectoria como docente y formadores de discípulos. Va de suyo que, además, deberán estar dispuestos a asumir los compromisos y obligaciones de las actividades académicas. Los posibles candidatos para el cargo son presentados en el Plenario Académico para decidir por votación quiénes son invitados a presentar su curriculum vitae, los cuales son analizados y evaluados por el claustro académico para finalmente votar y concretar la elección final. De este modo, el Dr. Pedro Antonio Saco ha sido elegido como Miembro de Número en el Sitial N°11. Creo pertinente citar palabras de nuestro recordado Presidente de Honor, Acad. Julio V. Uriburu, quien decía “el sitial académico no es una función o un cargo como muchos de los que el académico elegido ha desempeñado hasta ahora. Este es el galardón máximo que se alcanza en la carrera y al que se debe acceder con la fe de un cruzado. El Sitial Académico no es mullida poltrona que se otorga como recompensa para descansar luego de meritoria labor de toda una vida sino que es lugar de activo trabajo”. Y agregaba..., “si la Academia es altura suma a la que se ha llegado tras brava marcha, no es cima que se alcanza para clavar el banderín del triunfo, y luego iniciar el descenso”. En efecto, el sitial académico es una función dinámica que implica esfuerzo y dedicación para colaborar en las distintas actividades y misiones que se llevan a cabo en la Academia”.

De acuerdo con el reglamento, un Miembro Titular de Número debe hacer la presentación del académico incorporado. En esta oportunidad, será el Acad. Leonardo Mc Lean quien tendrá tan importante responsabilidad.



Acad. Pedro A. Saco y Acad. Marcelo Elizari

Sr. Académico Pedro Antonio Saco, como Presidente de la Honorable Academia de Medicina, me es particularmente grato darle la bienvenida a nuestra corporación y hacerle entrega del diploma y la medalla que lo acreditan como Miembro Titular y con ello, las felicitaciones genuinas de todos los académicos para usted y su familia. Huelga decir que su ingreso a esta corporación es un hito trascendente y motivo de genuino orgullo para la Academia Nacional de Medicina.

DISCURSO DE RECEPCIÓN POR EL ACADÉMICO LEONARDO MC LEAN

Agradezco al señor presidente y miembros del consejo de dirección, el elevado honor y privilegio para mí de haberme concedido esta distinción de presentar al nuevo académico, tarea sumamente grata dada la personalidad de mi apreciado amigo, el Dr. Pedro Saco, a quien también agradezco, que fuera él quien me haya solicitado hacer ésta, su presentación.

El Hospital Universitario Austral se siente muy orgulloso con este nuevo nombramiento, dado que consta con 7 miembros académicos de número de esta honrosa Institución y los nombro:

Enrique Malbran, Miguel de Tezanos Pinto, César Bergadá, José Navia, Vicente Gutiérrez Maxwell (consultor honorario), luego el que les habla y ahora como 7° miembro, el Dr. Pedro Saco, 4 de los primeros nombrados han presidido esta honorable Institución.

El Dr. Pedro Saco nació en la ciudad de Santa Fe el 13 de abril 1947. Su abuelo paterno inmigrante de España de Geo, un pueblo de Galicia; su abuela paterna de Castilla la Vieja; estos fueron como tantos otros los que forjaron la grandeza de nuestro país.

Su abuela materna, argentina. Sus padres Eusebio y Esmeralda, argentinos, vivieron siempre en Santa Fe, su padre dedicado a tareas agropecuarias y su madre, ama de casa, a quien conocí, y es probable que de ella recibió la delicadeza en el trato y la discreción.

Realizó sus estudios primarios en el Colegio Jobson de los Hermanos de La Salle en Santa Fe, el secundario lo cursó en el colegio de la Inmaculada Concepción, también de Santa Fe. Uno de sus maestros en la materia de Literatura Española y Argentina, fue Jorge Bergoglio, actual Papa. Hacia la mitad del 5to año ganó una beca de intercambio cultural en los Estados Unidos, que lo llevó a vivir un año en la ciudad de Siracusa, estado de Nueva York, con una familia americana; Durante ese año, cursó el “Senior Year”, el último año de la educación secundaria americana en una escuela pública de la ciudad, regresando a Buenos Aires un año después, para graduarse en el colegio de la Inmaculada.

En 1966 inicia sus estudios de Medicina en la Universidad Católica de Córdoba, donde se graduó de médico en diciembre de 1971 con promedio de 8,71 puntos.

Durante ese año se acercó a la cirugía, influenciado tal vez por el consejo del Goethe: “te digo hijo que un cirujano es el más admirado del mundo; te libra de un mal que no has procurado tú mismo, que ha venido de arriba; te es útil, no perjudica a nadie y puedes estar convencido que su tratamiento ha tenido un éxito indiscutible”.

Por lo que ingresó al hospital de Clínicas de Córdoba, al servicio del Dr. Carlos Aguirre dirigido anteriormente por el reconocido cirujano cordobés, Pablo Mirizzi.

En marzo de 1973 se trasladó a la ciudad de Buenos Aires para aplicar al sistema de residencias médicas en la especialidad de Cirugía General, ingresando al servicio de Cirugía General en el Hospital Ramos Mejía, a cargo del profesor Jorge Sánchez Zinny, terminando la misma como jefe de residentes.

Durante el segundo año de su residencia se casó con Ana María Aranguren, aquí presente, oriunda de San Antonio de Areco, a quien había conocido en su tiempo de estudiante en un viaje de fin de curso de ella en la ciudad de Córdoba.

De su matrimonio con Ana, nacieron 3 hijos; Natalia, contadora y licenciada en Administración de Empresas, radicada actualmente en la ciudad de Miami, madre de Lola su primera nieta.

Manuel, biólogo, radicado en la ciudad de Montreal desde hace 15 años, con dos hijos, Sofía y Antonia con nacionalidad canadiense. Y Guadalupe, médica anesthesióloga del Hospital Británico y del Hospital Ramos Mejía, con dos hijos Emilia y Salvador, sus nietos locales.

Actualmente vive en Barrio Norte, Recoleta y disfruta los fines de semana en San Antonio de Areco; tiene escasa actividad deportiva, siendo asiduo lector de filosofía, literatura y temas vinculados a la Ética Quirúrgica.

Pedro Saco es poseedor de una virtud que lo caracteriza, su humildad y sencillez, y una gran modestia, que, como todo exceso, suele ser perjudicial como reza un dicho berlinés “La modestia es un adorno, pero se va más lejos sin ella”.

Pero con todo, es preferible esa virtud a su contrario, el orgullo o la vanidad; además, es muy respetuoso con el prójimo y, a la vez, muy afectuoso en el trato.

Hasta aquí sus antecedentes personales.

ACTUACIÓN HOSPITALARIA

Residencia Médica en el Hospital Ramos Mejía año 1973.

En 1976 gana un cargo para residencia de segundo nivel de Cirugía Oncológica en el “Instituto de Oncología Ángel Roffo” de la Universidad de Buenos Aires, cuyo departamento quirúrgico dirigía el Doctor Spatola, donde finaliza como Jefe de Residentes. Luego de completar esta residencia fue invitado por el Doctor Roberto Pradier a formar parte de su servicio de Cabeza y cuello como cirujano de planta, cargo que desempeña hasta el año 2013 cuando se retira de la Universidad de Buenos Aires, como jefe a cargo de dicho servicio y docente autorizado de Cirugía.

En 1999 fue convocado para sumarse al proyecto del Hospital Universitario Austral junto al Dr. Marcelo Terres y Fernando Lúdica, donde inicia su actividad en febrero del año 2000 como Jefe de Servicio de Cirugía General y Jefe del Departamento Quirúrgico, simultáneamente con la jefatura del servicio de Cirugía de Cabeza y Cuello. Actualmente mantiene la jefatura de ese servicio y el cargo de director asociado del departamento quirúrgico, junto al de profesor adjunto de cirugía de la Facultad de Ciencias Biomédicas del Hospital Universitario Austral. Posteriormente es nominado como integrante del servicio médico asesor de la dirección médica del Hospital.

TITULOS ACADÉMICOS

- a) Título de Médico otorgado por la Universidad Nacional de Córdoba- 21 de Febrero de 1972 con un promedio General de 8,70 puntos.
- b) Miembro MAAC (Asociación Argentina de Cirugía), de la que participó durante cuatro períodos como integrante de su comisión directiva.
- c) Especialista de cabeza y cuello, 30 de octubre de 1988.
- d) Recertificación de especialista de cirugía en Cabeza y cuello, 22 de noviembre de 2005.

- e) Especialista en cabeza y cuello otorgado por el Ministerio de Salud Pública de la Nación y del Ministerio de Bienestar Social de la Provincia de Buenos Aires, marzo de 2008.
- f) Integrante del comité de Bioética del Hospital Universitario Austral.
- g) Integrante del Jurado de cuatro trabajos de premio.
- h) Miembro del Consejo Consultivo del Instituto Nacional del Cáncer. Año 2011.
- i) Creador y coordinador de la Unidad de Melanoma y de la Clínica de Tiroides del Hospital Universitario Austral.
- j) Años 2002 al 2004 presidió la Asociación Argentina de Cabeza y Cuello.
- k) En la actualidad, vicepresidente de la Academia Argentina de Cirugía, para ocupar la presidencia en el próximo período.
- l) Es Académico de Número de la Academia del Plata.

PUBLICACIONES CIENTÍFICAS

44 trabajos publicados en revistas científicas.

El último, Saco Pedro In Memoriam de Roberto N. Pradier. Rev. Argentina de cirugía 2018

Participó en 33 congresos internacionales y 141 nacionales.

Recibió 8 premios nacionales y 1 internacional.

SU DESIGNACIÓN ACADÉMICA

Pasado el tiempo establecido en el reglamento, luego del fallecimiento del Académico Roberto Pradier, y cumplidos los trámites reglamentarios, los Señores Académicos, reunidos en sesión secreta del Plenario Académico del Jueves 25 de octubre del 2018, designaron por mayoría de votos como Académico Titular al Dr. Pedro Saco para ocupar el Sitial número 11, motivo por el cual con alegría te reitero mis felicitaciones.

El ritual académico dispone que en el discurso de su incorporación, el recipiendario se ha de referir a la personalidad de su antecesor y, en este caso, sé que el Académico Saco lo hará con emoción, evocando la personalidad de su Maestro, el Académico Roberto Pradier.

Y ahora permítaseme repetir palabras de advertencia que me hiciera mi querido Maestro el Académico Julio Uriburu, siendo Presidente de Honor de esta prestigiosa Institución, previas a mi ingreso: "El Sitial Académico no es cargo o función como muchos de los que habéis desempeñado hasta ahora. Es éste, galardón máximo que se alcanza en la carrera, y al que se debe acceder con la fe de un Cruzado. Desempeñarlo como corresponde implica movimiento. Bien sabéis que el Sitial Académico no es mullida poltrona, dado como recompensa para descansar luego de meritoria labor de toda una vida; aquí no prima el sentido estático "situs", sino dinámico de "sitio", posición, o lugar de activo trabajo.

El Sitial Académico, repito, es función dinámica y desde vuestra incorporación, es más, deberéis ocuparos -como lo hacen vuestros pares- por trabajar para la Academia que os recibe con su beneplácito”.

Académico Pedro Saco:

Querido Pedro, que Dios nuestro Señor te ilumine y te otorgue salud, sapiencia, serenidad, energía, ecuanimidad y dedicación necesaria para la tan importante función que deberás desempeñar como miembro Titular de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires, para la que has sido electo, no porque lo hayas buscado, sino por la valoración de toda una vida puesta al servicio de la Ciencia, de la Patria, de enseñar y formar discípulos y por vuestra fe en Dios.

DISCURSO DEL ACADÉMICO RECIPIENDARIO
DOCTOR PEDRO SACO

Agradezco al Sr. Presidente de la Academia Nacional de Medicina, Académico Marcelo Elizari sus elogiosas palabras al hacerme entrega del diploma de mi incorporación como miembro de número de esta honorable Academia. Agradezco a los Sres. Académicos la distinción con que me han honrado y la confianza puesta en mi persona para ocupar este prestigioso Sitial. Una designación que, más allá de la gratificación en lo personal y en lo profesional, significa un inexcusable compromiso con los valores y los objetivos de esta institución, que asumo con el mayor entusiasmo y disposición para trabajar.

Al Dr. Leonardo Mc Lean, mi emocionada gratitud, por la calidez y el afecto que guardan sus palabras, por el privilegio de su amistad, y por la bondad y las virtudes humanas que siempre admiré en su persona.

Es un honor acceder al Sitial N° 11 que lleva el nombre del Dr. Eduardo Wilde, y suceder en él a mi antecesor, el Dr. Roberto Pradier.

Eduardo Wilde fue elegido en la primera designación de académicos durante el tercer período de esta Academia, en la sesión del 2 de junio de 1874.

En esa instancia del decurso de la vida nacional en la que la ausencia de educados talentos suficientes diera como necesario resultado que, en el decir de Jorge Luis Borges “...el creciente y despoblado país exigía que hubiera hombres que fueran a la vez, muchos...”. Eduardo Wilde cumplió con ese destino. Tal como lo describiera el Presidente de Honor de esta Academia, Dr. Julio V. Uriburu fue: “médico, filósofo, escritor, higienista, diputado y artista, profesor, periodista y ministro, y dejó en cada una de estas actividades la huella de su prodigiosa inteligencia y de su fecunda capacidad de trabajo...”

Se había graduado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires en 1870 con una tesis titulada *El Hipo* premiada por la Asociación Médica de Buenos Aires; en ella proponía la sección del nervio frénico, anticipándose en varias décadas a la primera frenicotomía realizada en Europa en 1911 para el tratamiento de la tuberculosis. Demostró, desde el inicio de su carrera, interés por la medicina social y la higiene pública, disciplinas no desarrolladas, hasta ese momento, en nuestro país. Ya antes de recibirse, interrumpió sus estudios para ayudar en la epidemia de cólera de 1867, y participó en la gran epidemia de fiebre amarilla que devastó Buenos Aires en 1871, donde, además, contrajo la enfermedad.

Apenas recibido, inició su labor en los problemas de la sanidad; logró sistematizar las cuarentenas, la instalación de cloacas y agua corriente así como la creación del Hospital Fernández, del Instituto Bacteriológico y de la Asistencia Pública.

Eduardo Wilde fue, además, un estadista de fuste; como diputado provincial y nacional, fue impulsor de leyes fundamentales en el Proceso de Organización Nacional: de educación –la controvertida 1420– y de matrimonio civil, la muy debatida 2393. Ocupó el cargo de Ministro de Justicia del Presidente Julio Argentino Roca y el de Ministro del Interior del Presidente Juárez Celman. Al acceder Roca a su segunda primera magistratura fue designado presidente del Departamento Nacional de Higiene y organizó una expedición al Paraguay, presidida por el Doctor Malbrán, para ayudar en la lucha contra la peste bubónica. Diplomático en Estados Unidos, España y Bélgica, muere en esta última misión en Bruselas el 5 de septiembre de 1913.

Sumó a su vocación de médico y de estadista el de ser integrante de esa generación de escritores, la generación del 80, que como Mansilla, como Cané, construyeron esa que ha sido caracterizada como “prosa ligera, fragmentaria, de rasgo autobiográfico y de ironía mundana”. Allí están, para acreditarlo, títulos como “Aguas abajo”, memorias de su infancia en Tupiza (Bolivia) y “Prometeo y Compañía”, con sus celebrados cuentos “Tini” y “La lluvia”. Aguda y sutil la semblanza que hace Borges de su persona cuando dice.... “perteneció a esa especie ya casi mítica de los prosistas criollos, hombres de finura y de fuerza que manifestaron hondo criollismo sin dragonear jamás de paisanos ni de compadres, sin amalevarse ni agaucharse, sin añadirse ni una pampa ni un comité.”

Legado éste de Wilde, médico de plenaria cultura, que nos compromete, desde lo alto de su patrocinio, a que el sitio que preside con su nombre seamos capaces de ocuparlo entendiendo la medicina como un constante servicio a la persona humana, en la integralidad de su misterio.

Es para mí, ahora, un emocionado placer, rendir homenaje a la figura del Dr. Roberto Pradier, no solo por la distinción y la responsabilidad de recibir su sitio, sino porque he tenido el privilegio de ser uno de sus discípulos, la oportunidad de acompañarlo durante muchos años, y por considerarlo, sin duda, la figura más influyente en mi carrera médica.

El Dr. Roberto Pradier nació el 8 de diciembre de 1930 en Buenos Aires; sus abuelos paternos eran franceses y sus padres, argentinos. Cursó su enseñanza primaria en la Escuela Argentina Modelo y su educación secundaria en el Colegio Nacional Buenos Aires. Se graduó de médico en la Universidad de Buenos Aires, donde se doctoró con Diploma de Honor en 1962. Su carrera fue tan intensa como extensa, y en ella alcanzó todas las posiciones y reconocimientos a los que un cirujano puede aspirar. La inició como practicante en el antiguo Hospital de Clínicas, siendo su médico interno el Dr. Pedro Hulskamp, quien fue su entrañable amigo. Continuó como residente, médico de planta y luego médico interno en el servicio del Dr. Mario Brea, donde conoció al Dr. Ángel Bracco, quien lo precedió en este sitio, y a su hijo Aldo, con quienes estableció una prolongada amistad.

En 1962 se trasladó con su familia a la ciudad de Buffalo, New York, donde realizó una pasantía de dos años en el Servicio de Cabeza y Cuello del Roswell Park Cancer Center. Un tiempo difícil, que exigió gran esfuerzo personal y familiar, pero que le permitió consolidar una sólida formación en la especialidad.

En 1969 ingresa al Instituto de Oncología “Ángel H. Roffo”, de la Universidad de Buenos Aires, institución que le permitiría desarrollar plenamente su capacidad asistencial y académica como Jefe del Servicio de Cabeza y Cuello y, años más tarde, como director médico.

En ese lugar tuve la oportunidad de conocer al Dr. Pradier en 1976, durante la entrevista como postulante al cargo de residente en cirugía oncológica. Entre sus valiosos aportes deben citarse su tesis sobre “Vaciamientos cervicales”, sus avances en la cirugía del hiperparatiroidismo, y las innovaciones en la reparación de grandes defectos, para lo que introdujo en la década del 80, el colgajo de pectoral mayor. Otro de sus legados fue su temprana visión del papel fundamental del trabajo multidisciplinario en la oncología moderna; fue así como integró su servicio con los servicios de Radioterapia y Oncología Clínica, permitiéndole innovar en el tratamiento quimio-radiante de los tumores avanzados, y ser pionero en la conservación de órganos, particularmente en la preservación laríngea. Arthur Schopenhauer, en su obra maestra “El mundo como voluntad y representación” decía, que... “los hombres de talento son los que dan en un blanco que otros no pueden alcanzar, mientras que los hombres de genio son los que dan en un blanco que los demás no ven...” Creo que Roberto Pradier pertenecía a esta segunda categoría.

Su vocación por la docencia ocupó un espacio preferencial; fue profesor adjunto de cirugía en la Universidad de Buenos Aires, profesor asociado de cirugía de cabeza y cuello, y gran promotor y defensor del sistema de residencias médicas. Es una satisfacción comprobar el importante número de cirujanos y oncólogos formados en el Instituto que se desempeñan en instituciones locales, en muchas ciudades argentinas y en varias capitales latino-americanas.

El reconocimiento de sus pares lo llevaron a ocupar altos cargos en las sociedades científicas que integró. Fue presidente de todas ellas: la Asociación Argentina de Cirugía de Cabeza y Cuello, la Asociación Argentina de Cirugía, y en 2004 fue elegido para ocupar el Sitial N° 11 de esta Academia, alcanzando su presidencia en 2014.

Otro aspecto significativo en su trayectoria, ya más reciente fue su protagonismo en el Instituto Nacional del Cáncer. Este Instituto fue creado por decreto presidencial en 2010, siendo convocado para ser su primer director, cargo que desempeñó hasta marzo de 2014, cuando lo resignó para asumir la presidencia de esta Academia.

A la par de sus actividades académicas, el Dr. Pradier logró constituir una hermosa como numerosa familia; se casó con Marta Piñeiro en 1957 y tuvieron cinco hijos: Mariana, oncóloga pediatra radicada en Canadá; Marlene, arquitecta; Roberto, ingeniero; Martín, economista, Silvina, ginecóloga y doce nietos, con quienes disfrutó su casa y los incomparables paisajes frente al lago Gutiérrez en Bariloche, donde concurría varias veces en al año.

Dejé para el final, las observaciones sobre su persona, porque constituyen el núcleo que lo distingue como una figura descollante de la medicina argentina. Identifico tres aspectos de su personalidad que valoro y admiro: la capacidad para hacer, la coherencia en el exigir y la integridad en el actuar. Capacidad para hacer demostrada por su férrea determinación, su perseverancia y su pasión por el trabajo “bien hecho”. Un ejemplo fue su refinada técnica quirúrgica, algo que confirmé durante los muchos años que lo ayudé, y que se prolonga actualmente en los cirujanos de nuestro grupo... siempre hay una maniobra del Dr. Pradier en nuestras cirugías. Coherencia en el exigir: lo caracterizó cierta dureza y parquedad de su carácter junto a una elevada exigencia hacia sus colaboradores, pero acompañada de una cualidad que lo definía por entero: nunca exigió lo que no testimoniara con su actitud y con su ejemplo. Integridad en el actuar: su sentido de justicia y su gran sensibilidad le llevaban a brindar la misma calidad de atención a todos los pacientes, independientemente de sus condiciones o del lugar donde le tocara actuar.

Los cirujanos aprenden de sus maestros; basta con examinarse cada tanto y ver cuánto lleva cada uno de su propio maestro. El entrenamiento quirúrgico tiene como cualidad un largo aprendizaje, lo que refuerza la importancia del modelo en cirugía. Orlo Clark, un reconocido cirujano de cabeza y cuello norteamericano señalaba que... “es probable que sea en la cirugía más que en otras áreas de la medicina donde la influencia de los modelos sea tan importante...”

El concepto de maestro como persona a la que se quiere imitar fue perfectamente descrito por un jurista italiano, Salvatore Satta, cuando decía... “Ser profesor significa una sola cosa: enseñar con lo escrito, con la palabra y con

la vida. En estos tres indisociables aspectos reside su sacerdotal grandeza". Seguramente mi predecesor en este sitio ha sabido hacerlo.

Al recibir un reconocimiento tan importante como éste, es necesario mirar hacia atrás y reconocer lugares y personas, que marcaron hitos en nuestra historia profesional.

Fue en el Hospital Ramos Mejía donde ingresé al desafiante, aunque incierto mundo de la cirugía; ahí realicé mi residencia de cirugía general en el servicio que dirigía el profesor Jorge Sánchez Zinny, quien ocupara el Sitio N° 14 de esta Academia. En esos años, demasiado cortos por su intensidad y su alegría, adquirí los fundamentos y el entrenamiento básico que todo cirujano necesita; también conocí el estilo sobrio, elegante y distinguido que caracterizaba a sus integrantes, entre ellos Roberto Vidal, José María Franci, Roberto De Rosa, Enrique Obejero y Miguel Astudillo, a quienes mucho les debo y recuerdo con admiración y respeto.

El segundo hito fue el Instituto de Oncología Ángel H. Roffo de la Universidad de Buenos Aires, cuando ingresé a la residencia de cirugía oncológica en mayo de 1976. Esa institución cumplió un papel central en mi carrera; aportó mi formación en oncología y el entrenamiento quirúrgico que necesité para crecer como cirujano de cabeza y cuello; fueron 37 años, de duro trabajo, tal como lo requerían la complejidad de los pacientes y el prestigio de esa institución universitaria. Celebro haber compartido ese tiempo con los discípulos directos del Dr. Pradier, los Dres. Leonardo Califano, Abel González, Roque Adan y Raúl Giglio a quienes agradezco su amistad, su profesionalismo y su hombría de bien.

Quiero señalar el vínculo de esta Academia con el Instituto Roffo dado que el proyecto de su creación fue presentado por el académico Domingo Cabred, en la sesión del 1° de octubre de 1911; él colocó la piedra fundamental en noviembre de 1914, y coincidiendo con el primer centenario de la Academia, el 1° de abril de 1922, inauguró la primera sección destinada a dispensarios y servicios clínicos. Poco tiempo después, se produjo un conflictivo traspaso a la Universidad de Buenos Aires. Es de destacar la visión de la Academia en aquel momento, casi 100 años atrás, al integrar pabellones clínicos con áreas de investigación, anticipándose al Institut Gustave Roussy de Francia, fundado en 1925 y al Instituto Nacional del Cáncer de Estados Unidos, de 1930.

El Hospital Universitario Austral ha sido y es mi lugar definitivo en la medicina. El Dr. Leonardo McLean, a quien estaré siempre agradecido, me convocó a participar en aquel tan atractivo como incierto proyecto, cuando se estaba gestando hacia finales de los noventa. Me correspondió así el privilegio de contarme dentro del pequeño grupo de 50 médicos que iniciaron el hospital (hoy somos 1000) y de acompañar su acelerado crecimiento hasta la actualidad cuando se atienden 75.000 consultas y se operan 1700 pacientes por mes.

El Hospital Austral me dio la oportunidad y los medios para desarrollar mi aspiración personal de ofrecer a los pacientes una medicina científica, segura, centrada en la persona, y sostenida en valores humanos y cristianos, tal cual lo expresa, la misión de nuestro hospital. Recuerdo un comentario del Dr. Enrique Beveraggi, cuando en una reunión de inauguración del hospital nos decía... “Uds. no tienen excusas para no hacer las cosas bien...”; hemos tratado de cumplir con ese mandato.

Es el momento de agradecer a la larga lista de personas y profesionales del hospital que me han acompañado y ayudado durante este tiempo, muchos de los cuales me honran con su presencia, esta tarde, en esta magnífica Aula Magna. Quiero expresar mi especial reconocimiento al extraordinario grupo que me acompaña diariamente, mi equipo de cabeza y cuello, la Dra. Ana Voogd, los Dres. Alejandro Begueri, Pedro Valdez y Gerardo Russier, nuestra becaria María Eugenia Matsuda, mi instrumentadora Cecilia y nuestra secretaria Marisa, con quienes trabajo intensamente y de quienes recibo un permanente e invaluable apoyo, y que con su esfuerzo, dedicación y alegría hacen del trabajo, un prolongado placer.

Quiero volver ahora al párrafo central de la misión de nuestro hospital cuando habla de... “situar las necesidades del paciente y su familia en el centro de nuestra atención...”. Aun cuando este concepto aplica a la medicina toda, adquiere una dimensión diferente por las características propias de la cirugía; es aquí donde quiero subrayar su importancia por el impacto que tienen en la calidad de la atención y en la perspectiva del paciente.

En el principio de mi carrera como cirujano dedicado a la oncología de cabeza y cuello, me fascinaba la idea de poder mejorar la calidad de vida de mis pacientes, la sensación de omnipotencia de curar con las manos el cáncer de alguno de ellos, y cuando no era posible, al menos aliviar el sufrimiento; no leía filosofía ni había profundizado en cuestiones éticas en aquel tiempo; pero, cuando fueron pasando los años y crecí en la profesión, comprendí que el poder de curar, la influencia sobre los pacientes, la capacidad de aliviar la angustia y el dolor, podían mejorarse sustancialmente por el tipo de relación que establecía con ellos.

La cirugía es un deporte de contacto. La relación paciente-cirujano tiene atributos especiales por la naturaleza propia de lo quirúrgico: su capacidad de daño corporal y psíquico modifican las cuestiones generales de la ética. Una cirugía siempre es una situación límite, una ordalía privada, no elegida voluntariamente, que ocurre en un territorio desconocido, con una cultura y un lenguaje extraños. Basta con comprobar, con sólo preguntarlo, que ningún paciente olvida la fecha exacta de su operación.

En el encuentro quirúrgico, hay siempre un elemento de rendición: el paciente entrega, rinde, una porción significativa de su autonomía; y esta entrega, requiere, un alto nivel de confianza. La confianza es la piedra angular que sostiene

la relación cirujano-paciente, y se genera a partir de una elaborada comunicación que integre lo estrictamente médico con los valores y sentimientos del paciente, junto a un profundo respeto por la autonomía individual. Debe recordarse que la confianza es un elemento esencial de la condición humana, un elemento definitorio en cualquier relación interpersonal, sin la cual no se puede vivir en sociedad.

Confiar es volverse vulnerable y dependiente de la buena voluntad y motivación de aquellos en quienes confiamos. Esta situación de vulnerabilidad ocurre en cualquier estado que genere dependencia, pero es particularmente relevante cuando esa dependencia es originada por la enfermedad o el trauma. Esto resalta los deberes “fiduciarios”, por así llamarlos, del cirujano para con su paciente, dado que éste no tiene otra alternativa que confiar en que su cirujano va a actuar bien en su nombre; el paciente “compra”, pero en realidad, no sabe lo que compra...

Para honrar este pacto de confianza, el cirujano debe proteger más que explotar la vulnerabilidad; para esto es necesario ubicar el “bien”, médico, en el contexto de lo que el paciente reconoce como bien, considerando sus valores, creencias y aspiraciones e incluyéndolos en la toma de decisiones. Eso es lo que entendemos hoy por poner al paciente en el centro de la atención médica; ciertamente una tarea no fácil. Charles Bosk, un profesor de Sociología dedicado a estudiar a los cirujanos y sus vivencias, escribe en su libro “Forgive and Remember” (Perdona y Recuerda) “...aunque no me enseñaran nada más, los cirujanos me enseñaron que entregar cuidados quirúrgicos humanizados de alta calidad es un trabajo muy duro...” Reconocer esta realidad permite a los cirujanos comprender qué se espera de ellos desde el punto de vista ético.

La otra actitud clave que no puede faltar es tener conciencia de la centralidad de la compasión en la buena medicina. Para ayudar a los demás es necesario sentir cierta tristeza por el padecimiento del otro. Quien describe magistralmente este sentimiento de compasión, es, ni más ni menos que Aristóteles, cuando en un párrafo de su Retórica dice: “...un tipo de emoción frente a un mal aparente, destructivo o angustiante, que le sucede a alguien que no lo merece, o que podría ocurrirle a uno mismo o a alguien muy cercano a uno mismo...”. En Disney, que llevan años en el mundo del entretenimiento afirman, “lo nuestro es satisfacer las necesidades emocionales de las familias y divertirnos juntos”. Un hospital sin compasión es como Disney sin alegría y divertimento.

Uno de los mayores desafíos de nuestra generación es preservar los finos elementos que tejen la relación con los pacientes, en un escenario como el actual, tan influenciado por el “business”, por la estandarización de las prácticas y por el foco puesto más en la población que en el paciente individual; esto hace evidente la necesidad de una currícula ética más formal y de un proceso de educación continua en ética y valores durante todas las etapas de la carrera quirúrgica, que hoy, está faltando.

Las sociedades médicas, las organizaciones como esta Academia, los responsables del entrenamiento de los cirujanos, deben asegurar que sus profesionales entiendan estos aspectos éticos tan básicos del profesionalismo, que de tan básicos no se enseñan, y que los acepten como obligaciones sin vencimiento. Al enfrentar el complejo mundo futuro, esta acción servirá tanto a la sociedad como a mantener la integridad de nuestra profesión.

Quiero finalmente mencionar y agradecer a lo que más valoro y a los que más quiero... a los que están y no están de mi familia. Quiero ofrecer esta distinción, y rendir homenaje a mis padres, especialmente a mi madre, quien siempre me apoyó y acompañó durante toda mi carrera; a ellos les agradezco haber sido mis primeros maestros y haberme transmitido los valores del trabajo, el esfuerzo, la honradez y la generosidad. Y a mis hijos, Natalia, Manuel y Guadalupe, por la indescriptible sensación de bienestar que me produce verlos hoy aquí, juntos, conmigo, compartiendo este momento, sabiendo que dos de ellos viven en el exterior, algo que se parece bastante a la huidiza felicidad; gracias por estar hoy, y gracias por perdonarme el tiempo de estar juntos que les robé, en mis años de padre joven. Finalmente a Ana, mi mujer, por su apoyo infatigable, su paciencia sin límites y su amor, su inefable amor. Nuestra larga vida en común adquiere todo su significado el día de hoy.

Les agradezco a todos ser partes de esta memorable ocasión.